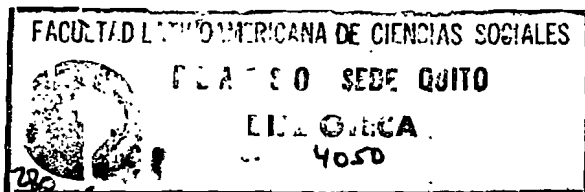


CHILE

1973 - 198?

manuel a. garretón
patricio chaparro
francisco cumplido
augusto varas
pilar vergara
javier martínez
eugenio tironi
jaime criski
sergio gómez
rafael echeverría
josé joaquín brunner
heraldo muñoz
arturo valenzuela
samuel valenzuela
tomás moulian



Diseño de Portada: Vesna Sekulović
Escultura "Apunte" de Humberto Nilo
Foto: Gentileza Revista Hoy



Ejemplar no comercializable, editado con el exclusivo
propósito de difundir las ciencias sociales en el país
(Ley N° 16.271).

Impreso en Taller "El Gráfico"
Caliche 806, Santiago de Chile.

Índice

CHILE 1973-1980

MANUEL ANTONIO GARRETÓN M.

- 7 Modelo y proyecto político del régimen militar chileno.

PATRICIO CHAPARRO N. / FRANCISCO CUMPLIDO C.

- 25 El proceso de toma de decisiones en el contexto político militar-autoritario chileno. Estudio de dos casos.

AUGUSTO VARAS

- 49 Fuerzas armadas y gobierno militar: corporativización y politización castrense.

PILAR VERGARA

- 65 Las transformaciones del Estado chileno bajo el régimen militar.

JAVIER MARTÍNEZ / EUGENIO TIRONI

- 105 La clase obrera en el nuevo estilo de desarrollo: un enfoque estructural.

JAIME CRISPI SOLER

- 133 El agro chileno después de 1973: expansión capitalista y campesinización pauperizante.

SERGIO GÓMEZ

- 167 Cosas nuevas en el campo.

RAFAEL ECHEVERRÍA

- 181 Política educacional y transformación del sistema de educación en Chile a partir de 1973.

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

- 211 La cultura política del autoritarismo.

HERALDO MUÑOZ

- 229 Las relaciones exteriores del gobierno militar chileno.

ARTURO VALENZUELA / J. SAMUEL VALENZUELA

- 251 Partidos de oposición bajo el régimen autoritario chileno.

TOMÁS MOULIÁN

- 301 La crisis de la izquierda.

Partidos de oposición bajo el régimen autoritario chileno

Arturo Valenzuela

J. Samuel Valenzuela

Durante los años setenta, los mejores escritos de ciencia política sobre América Latina desplazaron su campo de interés de la preocupación por el desarrollo político, las perspectivas revolucionarias o la transición al socialismo a un énfasis en los orígenes y la naturaleza de los regímenes autoritarios.¹ El derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular en Chile en 1973 contribuyó a reforzar esta tendencia al colocar a ese país, la democracia más duradera que quedaba en el continente, junto con los gobiernos militares en el poder en casi todos los demás países. La "rectificación" del estatus de este caso anómalo simplificó para muchas escuelas la utilización de determinantes culturales, históricos o económicos (o una combinación de ellos) para explicar el surgimiento de regímenes militares corporativos o burocrático-autoritarios.²

¹ Para un excelente estudio y evaluación del trabajo en este campo, véase David Collier, *The New Authoritarianism in Latin America* (Princeton, N.J., Princeton University Press, 1979). Este libro refleja los esfuerzos iniciadores de Guillermo O'Donnell (Berkeley, CA: Institute of International Studies, University of California, 1972). Otros trabajos sobre el autoritarismo incluyen a James Malloy, ed., *Authoritarianism and Corporatism in Latin America* (Pittsburgh, PA: Pittsburgh University Press, 1976); Alfred Stepan, *Authoritarian Brazil: Origins, Policies, and Future* (Princeton: Princeton University Press, 1973); Fernando Henrique Cardoso, *Autoritarismo e Democratização* (Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1975); Norbert Lechner, *La crisis del Estado en América Latina* (Caracas: El Cid Editor, 1977). Para un análisis conceptual más amplio del autoritarismo, véase Juan J. Linz, "Totalitarian and Authoritarian Regimes", en Fred Greenstein and Nelson Polsby, eds., *Handbook of Political Science*, volumen 3 (Reading, Massachusetts: Addison Wesley, 1975).

² Para las explicaciones culturales sobre el autoritarismo, véase Howard Wiarda, "Toward a Framework of the Study of Political Change in the Iberic-Latin Tradition: The Corporative Model", *World Politics* 25, núm. 2 (enero de 1973), pp. 206-235. Para un ensayo válido sobre el corporatismo, véase Philippe Schmitter, "Still the Century of Corporatism", *The Review of Politics* 36, núm. 1 (enero de 1974), pp. 124-149. Uno

La nueva bibliografía es rica y sofisticada. Las preocupaciones por la naturaleza del Estado y por la relación entre el capitalismo dependiente y el advenimiento de regímenes militares nos ha apartado mucho de una excesiva inquietud por los temas etnocéntricamente orientados, tales como las funciones de los grupos de interés y partidos subdesarrollados, o por formulaciones simplistas acerca de la conciencia de clase. Existe, de todos modos, el peligro de que, al hacer hincapié en algunas de las comunidades de autoritarismo y los amplios determinantes del fenómeno autoritario, la bibliografía pierda de vista algunas de las particularidades históricas y estructurales de diferentes experiencias nacionales y minimice la importancia de fenómenos políticos tales como el vigor previo de los grupos e instituciones de oposición. La viabilidad de los grupos de oposición es fundamental para comprender adecuadamente los regímenes autoritarios o las "situaciones autoritarias" y sus perspectivas futuras.³ En gran medida, la nueva bibliografía ha pasado por alto este aspecto al centrarse, ya sea en un intento por descubrir la etiología socioeconómica del autoritarismo o en una caracterización basada sobre un examen del perfil formal del Estado y de los pronunciamientos políticos y objetivos oficiales. El énfasis general ha sido puesto en los elementos más inmediatamente aparentes de la situación autoritaria, aquellos que se desprenden directamente de los planes, objetivos y concepciones impuestos por los círculos gobernantes mismos.

El propósito del presente artículo es subrayar la importancia de la oposición en la "situación" autoritaria chilena, enfocando las características y vitalidad de aquellos elementos de oposición, especialmente los partidos políticos, que constituyen alternativas al régimen y son, en consecuencia, candidatos principales de la supresión gubernamental. Nuestro objetivo es describir qué les ocurrió a las organizaciones políticas que se mantuvieron en la primera línea del escenario durante varias generaciones antes del golpe de 1973. Nos ocuparemos por lo tanto de los problemas internos de partidos que debieron pasar de organizaciones esencialmente electorales a organizaciones semi o totalmente clandestinas, de la relación que existe entre los diversos partidos en la medida en que tratan de llevar a cabo estrategias comunes para remplazar el régimen, de las relaciones

de los primeros intentos de evaluación de la experiencia chilena a la luz de estos trabajos es *Transitions to Stable Authoritarian Corporate Regimes: The Chilean Case?*, de Robert Kaufman, Sage Professional Papers, Comparative Politics Series 1, núm. 01. 060, 1976.

Guillermo O'Donnell explica desde el punto de vista económico y estructural el ascenso del autoritarismo. Para un artículo reciente que discute el caso chileno dentro del marco de otros casos del Cono Sur, véase sus "Reflections on the Patterns of Change in the Bureaucratic-Authoritarian State". *Latin American Research Review*, volumen XIII, núm. 1, 1978.

³ Juan Linz utiliza el término "situación autoritaria" para referirse a los casos autoritarios que tienen escasa institucionalización política; contraponen explícitamente esta noción a la de *régimen* autoritario. Véase su artículo "The Future of the Authoritarian Situation", en Alfred Stepan, *Authoritarian Brazil*, op. cit., p. 235.

variables y complejas entre organizaciones partidarias y otros elementos de la sociedad civil.

Nuestra tesis central es que los partidos políticos chilenos que han tenido una prolongada presencia, si bien enfrentan un desafío inigualado en la historia del país, son organizaciones notablemente persistentes y con profundas raíces en el tejido político del país. No desaparecerán tan fácilmente como lo desean los simpatizantes del gobierno o como lo temen los detractores de éste. Verdaderamente, la continuidad de los partidos chilenos en el cuerpo político es tal que, a pesar de las dramáticas transformaciones en la función del Estado y de la privatización de la economía, esos partidos seguirán desempeñando funciones políticas clave en virtud de su anterior inserción en la trama de la vida nacional. Las estructuras partidarias no sólo proporcionan la principal base organizativa para formular un régimen alternativo, sino que, probablemente, también lograrán una posición significativa en el nuevo espacio político suministrado, paradójicamente, por el régimen militar para destruir la política partidaria.

Antes de analizar los partidos como grupos de oposición al gobierno de Pinochet, es necesario describir muy brevemente el panorama de la oposición al régimen y el lugar que ocupa la política partidaria dentro de esa oposición. Es también necesario describir con mayor detalle la naturaleza del sistema de partidos preexistente, subrayando aquellos aspectos que contribuyan a nuestra comprensión de su lugar dentro del nuevo contexto autoritario.

Observaciones generales sobre la oposición al régimen militar chileno

El escenario político chileno posterior a 1973 fue determinado por el hecho de que los líderes del pronunciamiento * del 11 de septiembre definieron la "crisis" de la nación como de régimen y de sociedad más que de gobierno. ⁴ Según su punto de vista, la crisis era simplemente un síntoma de inadecuaciones fundamentales entre la democracia de Chile y el sistema de partidos, caracterizado por fuerzas que luchaban por la construcción de un Estado cada vez más dominante y centralizado que exacerbaba el subdesarrollo económico, y por una politización desenfrenada y divisio-

* En español en el original. [r.]

⁴ Esta afirmación por parte de los funcionarios del gobierno aparece en todas sus principales declaraciones sobre el pasado y en su visión del futuro. La más significativa de estas declaraciones iniciales es la "Declaración de Principios de la Junta de Gobierno de Chile" contenida, entre otras fuentes, en *El Mercurio*, International Edition, marzo 10-17, 1974, p. 4.

nista que favorecía el ascenso de una izquierda marxista. Por eso su objetivo no era un mero intento reactivo de corregir los excesos percibidos en una sociedad movilizadora mediante un interregno que posibilitara la reversión del *statu quo* anterior; el gobierno militar consideraba que su tarea era también de regeneración, una tentativa tanto de construir como de reconstruir la democracia y el sistema de partidos de Chile.⁵ La formulación de este proyecto renovador establece el escenario para una posterior política de golpe en la medida en que produce una distinción fundamental dentro del caleidoscopio de las oposiciones. De esta manera, es posible distinguir, por un lado, un sector opositor pero favorable a un régimen militar, cuya posición deriva de su aceptación de la necesidad y legitimidad de la tarea regeneradora. Es asimismo posible identificar una oposición caracterizada por su rechazo del proyecto renovador.

La oposición que en realidad está a favor del régimen corresponde a los grupos o individuos que Juan Linz identifica como la "semioposición" a los regímenes autoritarios, esto es, aquellos que "no son dominantes o no están representados dentro del grupo gobernante pero que desean participar en el poder sin oponerse fundamentalmente al régimen. Esta actitud implica una crítica parcial y cierta visibilidad e identidad fuera del círculo interior de participantes en la lucha política".⁶ Los grupos de oposición a favor del régimen no son, sin embargo, tan numerosos en Chile como lo eran durante el régimen franquista que sirve de modelo para el análisis que hace Linz de las oposiciones a los regímenes autoritarios. Una de las razones de esto es que Chile, contrariamente a España, no tenía un amplio conjunto de organizaciones derechistas—desde los monarquistas hasta los fascistas— cada una con sus características institucionales específicas para el futuro. De las tres organizaciones de extrema derecha en Chile, *Patria y Libertad*, la *Sociedad para la Defensa de la Tradición, la Familia y la Propiedad* y el *Opus Dei*, sólo la primera era bien conocida por la notoriedad de sus militantes en manifestaciones callejeras, y es la única de la que puede decirse que se convirtió en representativa de una semioposición.⁷ Si bien *Patria y Libertad* autoproclamó su disolución

⁵ Una vez más todas las declaraciones políticas importantes del gobierno se refieren a la necesidad de llevar a cabo esta misión regeneradora, tema que ya aparecía en la *Declaración de Principios* del gobierno. Sin embargo, la más explícita formulación de esta misión regeneradora aparece en el discurso del general Pinochet acerca de las "siete modernizaciones"; véase *El Mercurio*, 12 de septiembre de 1979, pp. C-6 a C-8 para su texto. Este discurso completa otro anterior, una formulación más vaga de la misión regeneradora que aparece en la alocución de Pinochet al movimiento de la juventud gubernamental en el cerro de Chacarillas en Santiago. Conocido como el plan de Chacarillas, el texto de este discurso se publicó en *El Mercurio* el 10 de julio de 1977, pp. 33 y 37.

⁶ Juan Linz, "Opposition to and under an Authoritarian Regime", en Robert Dahl, *Regimes and Oppositions* (New Haven: Yale University Press, 1973), pp. 191-192. Hemos eliminado las cursivas que aparecen en el original.

⁷ Para un breve análisis de estos grupos, véase Armand Mattelart, "Un fascisme créole en quete d'idéologues", en *Le Monde Diplomatique*, julio de 1974, p. 7.

desde 1973, su líder, Pablo Rodríguez Grez, ha insistido a lo largo de los años desde el golpe militar en la necesidad de generar un "movimiento cívico nacional" de apoyo al gobierno y, al menos hasta la aprobación de la Constitución de 1981, se mostró favorable a un arreglo corporativo institucional.⁸

Una segunda razón de esta relativa escasez de grupos de semioposición en Chile en comparación con el caso español radica en el hecho de que el gobierno de Pinochet es mucho más rígido, escrupuloso, menos institucionalizado y con una base mucho más estrecha que el régimen franquista. Después de todo, el régimen de Franco incluyó a representantes de casi todos los grupos que lucharon contra los republicanos durante la guerra civil, tuvo su parlamento, toleró un amplio margen de libertad académica y la publicación en España así como la importación en su territorio de libros que representaban todos los matices de opinión, y permitió el desarrollo de periódicos que se mostraban de vez en cuando bastante críticos con respecto al gobierno —nada de lo cual puede decirse de las condiciones pasadas o actuales en el régimen militar chileno.⁹ En vista de que este último se apoya en un pequeño círculo de consejeros que elaboran políticas derivándolas de una visión de la sociedad inspirada en la doctrina del mercado libre sin ni siquiera consultar las opiniones de los interesados que resultarán afectados, y puesto que cualquier crítica persistente por parte de grupos exteriores al equipo de gobierno caerán inevitablemente bajo la sospecha de abrigar motivos políticos ulteriores de índole subversiva, queda muy poco espacio o incentivo en Chile para crear grupos que sean opositores declarados de ciertas políticas pero sin dejar de apoyar globalmente al régimen. Hay sencillamente muy pocas oportunidades de que tales grupos ejerzan alguna influencia en el proceso de elaboración de políticas en vista de la inflexibilidad del gobierno y de su carácter monolítico, o de que sus líderes notorios sean convocados a formar parte del equipo de gobierno dada la estrechez del reclutamiento dentro de éste. Por tanto, las críticas individuales a favor del gobierno son expresadas en privado. El hecho de que el único grupo de semiopositores al régimen que pueda expresarse sea uno de extrema derecha tan sólo confirma este análisis: la extrema derecha estaba completamente aislada durante el régimen democrático anterior, y, por lo tanto, no se puede sospechar que desee un regreso al pasado. Representa un tipo de semioposición "más papista que el Papa":

⁸ Es evidente que la línea de Rodríguez no prevaleció sobre otras, pues la Constitución de 1981 sólo contempla mecanismos de representación corporativa a nivel municipal. Sin embargo, el propio Rodríguez se declaró satisfecho con el documento de 1981 al ser entrevistado por *El Mercurio*. Véase la edición de este diario del 17 de agosto de 1980, p. D-1, donde afirma que un marco político corporativo requiere de hecho una mayor "madurez política" de la que tiene Chile.

⁹ Para una discusión de la amplia variedad de grupos que formaron parte del régimen de Franco a través de los años, véase Amado de Miguel, *Sociología del franquismo* (Barcelona: Editorial Ergos, 1975).

La falta de estímulos para crear grupos de opositores visibles a favor del régimen no significa, sin embargo, que no existan diferencias apreciables entre los partidarios del proyecto autoritario de transformación de la sociedad chilena. Estas diferencias sólo se expresan abiertamente en las pocas ocasiones en que el gobierno propicia comentarios públicos acerca de un asunto político pendiente, o, como suele suceder la mayor parte del tiempo, cuando los provoca inconscientemente al no lograr determinar claramente la acción que debe emprenderse para la resolución de un problema particular. Sin embargo, estas diferencias entre varias personalidades, grupos o círculos dentro del régimen desaparecen rápidamente bajo un velo de consenso en cuanto el jefe de Estado traza una línea de acción clara. Los debates que precedieron la promulgación de la nueva Constitución en 1981 brindan un ejemplo de la división en facciones entre los partidarios del régimen en torno a diferencias de opinión relativas a alguna cuestión pendiente y muy importante, ya que llevan a establecer la distinción entre las llamadas línea suave y línea dura. Ambos grupos intentaban claramente elaborar un marco político que se anticipara al resurgimiento de partidos marxistas. Sin embargo, los partidarios de la línea dura se mostraron favorables al prolongamiento indefinido del régimen militar, o a la designación de una carta corporativa que rompería, por lo tanto, con la tradición constitucional chilena. Los de la línea suave argumentaron a favor del regreso a un sistema constitucional semejante a los democrático-liberales de antes, con partidos y elecciones basadas en unidades territoriales más que corporativas, afirmando además que se evitaría el resurgimiento de los partidos marxistas gracias a los cambios profundos que producirán las políticas gubernamentales en la economía y la sociedad chilenas y que, a largo plazo, crearán un sistema de consenso político y social.¹⁰ Sin embargo, estas diferencias aparentemente profundas fueron dejadas a un lado públicamente por los partidarios del régimen en cuanto el general Pinochet anunció una línea de acción definitiva y firme. Así, al menos por el momento, estos debates internos sólo han producido facciones dentro del régimen pero no claras semioposiciones. Para que esto ocurriera, el régimen debería volverse menos estrecho e inflexible, permitiendo espacios institucionalizados y legítimos para la expresión de desacuerdos dentro del marco general del proyecto político autoritario.

Pasemos ahora a las *oposiciones en contra del régimen* a las que están dedicadas la mayor parte de estas páginas. Resulta útil clasificar dichas oposiciones en dos sectores, como lo resume la figura 1.

La primera dimensión concierne al carácter y a los objetivos del grupo opositor: si puede ofrecer alternativas de poder o si está constituido con algún otro propósito. Los partidos políticos y las organizaciones militares

¹⁰ Ésta es en particular la línea de pensamiento del Grupo Nueva Democracia, que publica la revista *Realidad*. Este grupo tiene afinidades con los "Chicago boys" que articulan y aplican la política económica del gobierno.

clandestinas son los únicos que procuran y son potencialmente capaces de suministrar una alternativa de gobierno.

Figura 1

UBICACIÓN DE LAS OPOSICIONES CONTRARIAS AL RÉGIMEN SEGÚN EL NIVEL DE TOLERANCIA Y EL CARÁCTER DE LA ALTERNATIVA AL RÉGIMEN

	Tolerados	No tolerados
Alternativa al régimen	Demócratas Cristianos	Partidos de la UP Grupos militares clandestinos
Sin alternativa al régimen	Iglesia Sindicatos Grupo de investigación	Redes políticas clandestinas en el movimiento obrero

Otras organizaciones, como la Iglesia y los sindicatos de trabajadores, si bien pueden constituir parte de la oposición contraria al régimen, no poseen los objetivos ni las capacidades organizativas o de liderazgo como para reemplazar al régimen. Esto es válido aun cuando las "organizaciones no alternativas" puedan desempeñar, como señalaremos más adelante en este artículo, ciertas funciones suministrando una "sombra de legitimidad" y un "espacio organizativo" a los partidos políticos.

Los grupos de oposición contraria al régimen también varían significativamente por el grado de tolerancia que las autoridades tienen por las actividades del grupo o institución. Esta segunda dimensión no es inmutable y constituye más un *continuum* que una dualidad claramente definida. El nivel de tolerancia puede cambiar para todos los grupos o para los grupos particulares, lo cual depende de la coyuntura particular. Algunos grupos contrarios al régimen han gozado generalmente en Chile de un alto nivel de tolerancia. La Iglesia, por ejemplo, ha podido actuar con relativa libertad debido a su fuerte legitimidad institucional.¹¹ Otros

¹¹ Acerca de la postura de la Iglesia bajo el gobierno militar actual, véase *The Church and Politics in Chile: Challenges to Modern Catholicism* de Brian Smith, de próxima publicación (Princeton: Princeton University Press, 1982), y su "Old Allies, New Enemies: The Catholic Church as Opposition to Military Rule in Chile", patrocinado por el Latin American Program of the Woodrow Wilson International Center for Scholars, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

grupos como los sindicatos de trabajadores, la prensa, las organizaciones profesionales y de investigación son generalmente tolerados porque constituyen abiertamente organizaciones funcionales más bien que políticas. Otro, como el Partido Demócrata Cristiano, es tolerado porque los costos, tanto nacionales como internacionales, de reprimir a un partido tan claramente identificado con la oposición democrática al gobierno de Allende superarían francamente los beneficios que el régimen obtendría de ello. En el otro extremo del *continuum* se encuentran grupos de oposición como los partidos políticos y las organizaciones laborales identificadas con el gobierno de la Unidad Popular, que sufrieron el ataque más rudo de la represión oficial y siguen estando estrechamente controlados por los aparatos de seguridad.

La historicidad del sistema de partidos chileno: algunos mitos y realidades

Si bien el gobierno tolera algunos grupos de oposición, tales como el Partido Demócrata Cristiano porque está sujeto a restricciones políticas, es evidente que el objetivo principal del proyecto regenerador del gobierno es liquidar el tradicional sistema de partidos chileno. En los círculos gubernamentales existe consenso de que dicho objetivo puede y será alcanzado tanto a través de acciones directas (por ejemplo la creación de nuevas organizaciones intermediarias "curadas" de la influencia de los partidos) como indirectas (consecuencia de las transformaciones significativas que están ocurriendo en la economía y la sociedad). Presuntamente estas transformaciones conducirán a una mayor modernización, a un mayor compromiso en el sistema y a un sistema político más consensual, en el que la política de los partidos marxistas o que compiten con sus consignas sean cosa del pasado. Ciertamente, la línea oficial es que los partidos políticos chilenos se han vuelto obsoletos y que todo lo que queda de ellos son unos pocos ex líderes desocupados que siguen adheridos al pasado de manera desencaminada.

Este proyecto político se basa en ciertos presupuestos acerca del sistema de partidos chileno que sólo recientemente han sido articulados de un modo más sistemático por los voceros del gobierno. El mejor ejemplo, de lejos, es un artículo de Jaime Guzmán, miembro de la Comisión Constitucional y cercano asesor y escritor de discursos de Pinochet. El artículo, titulado "El camino político", * fue publicado en el periódico *Realidad* y reimpresso destacadamente por *El Mercurio*, el periódico más influyente del

* En español en el original. [r.]

país.¹² Guzmán, con una argumentación que sigue de cerca algunos de los discursos recientes del jefe del ejecutivo, sostiene que los partidos chilenos constituyeron una expresión anormal de la política de una sociedad subdesarrollada, con los adornos formales de los procedimientos democráticos.¹³ Si bien la democracia chilena funcionó bien en el siglo XIX cuando los sectores populares estaban excluidos del sistema político, se deterioró significativamente con la expansión del electorado y, particularmente, con las reformas electorales de 1958, que condujeron a un dramático aumento del sufragio y a una acentuación de la política de regateo y maximización de las demandas. El advenimiento de la democracia de masas en un país subdesarrollado que carecía del desarrollo requerido para asegurar la lealtad de la población al orden socioeconómico predominante, se encuentra en la raíz del ascenso de la fortuna electoral de los partidos marxistas y del crecimiento irresponsable de un sector público impulsado por políticos que se esforzaban por satisfacer los caprichos del electorado.

Dicho análisis involucra dos conjuntos de presupuestos estrechamente relacionados. En primer lugar, supone que el crecimiento de la izquierda es un fenómeno reciente y que está muy relacionado con la expansión del sufragio. En ese sentido, el voto de izquierda es un producto del subdesarrollo, el resultado natural de una población miserable movilizad a la que es fácil arrastrar mediante apelaciones demagógicas o soluciones revolucionarias.

El segundo presupuesto deriva del primero y, ciertamente, ayuda a explicarlo. Los partidos chilenos tienen líderes oportunistas o ideológicos y militantes que carecen de seguidores reales en el cuerpo político. Obtienen el apoyo de electorados cambiantes, pero no reflejan tendencias políticas fundamentales. Las divisiones de la sociedad fueron simplemente estructuradas por los líderes para sus propios fines a través de manipulaciones del proceso electoral. Se deduce de ello que la eliminación de los militantes y líderes de los partidos iniciará un largo camino hacia la supresión de las efímeras lealtades partidarias de los ciudadanos chilenos. La estructuración de nuevas organizaciones y la gradual modernización de la sociedad asegurarán que Chile jamás volverá a una democracia deficiente en el futuro.

Nosotros sostenemos que los partidos no han desaparecido, ni lo harán en el futuro previsible. Los presupuestos subyacentes del pensamiento gubernamental están cargados de concepciones erróneas acerca de la naturaleza de la política partidaria chilena. Una refutación de estos mitos contribuirá no sólo a señalar las limitaciones de las políticas gubernamentales sino que proporcionará las bases necesarias para comprender la continuidad del sistema de partidos bajo la situación autoritaria chilena.

¹² Véase *El Mercurio*, 26 de diciembre de 1981, pp. C-4 y C-5.

¹³ Véase el discurso del general Pinochet, "Las siete modernizaciones", *op. cit.*

Mito núm. 1: El ascenso de la izquierda está estrechamente vinculado a la expansión del sufragio y su vigor deriva de llamamientos demagógicos a la mayoría de los ciudadanos empobrecidos de un país subdesarrollado.

Inclusive un examen rápido de los datos de participación y del voto de izquierda muestra que no existe una relación directa entre la expansión del sufragio y el caudal de los partidos marxistas. La figura 2 muestra un gráfico del crecimiento de la participación electoral en Chile y del electorado de los partidos comunista y socialista. Ya en las primeras décadas de este siglo podemos observar que los partidos marxistas (el Partido Socialista Obrero, fundado en 1912 y convertido en Partido Comunista en 1921, y el Partido Socialista, fundado en 1933) surgieron en distritos obreros en una época en que el electorado estaba de hecho contraído, no cuando se encontraba en expansión.

Similarmente, la importante expansión del sufragio a fines de los años sesenta no fue acompañada por un aumento significativo de los caudales de los partidos marxistas hasta la propia administración de Allende. Lo verdaderamente notable es que los dos partidos de izquierda tuvieron aproximadamente el mismo porcentaje en las elecciones de 1941 y 1973, con una declinación en los caudales electorales de izquierda durante los años intermedios debido a la proscripción del Partido Comunista en la posguerra inmediata. (Véase la parte inferior del cuadro 3.)

Estudios más sistemáticos de la relación entre resultados y votación a partidos confirman estas observaciones generales. El cuadro 1, que indica los coeficientes de correlación entre el porcentaje de la población elegible en 1969 y los votos a los principales partidos de Chile, comuna por comuna, muestra una escasa relación entre las dos variables. Verdaderamente, la única vinculación positiva de alguna consecuencia no es con los partidos de izquierda sino con el Partido Nacional de derecha.

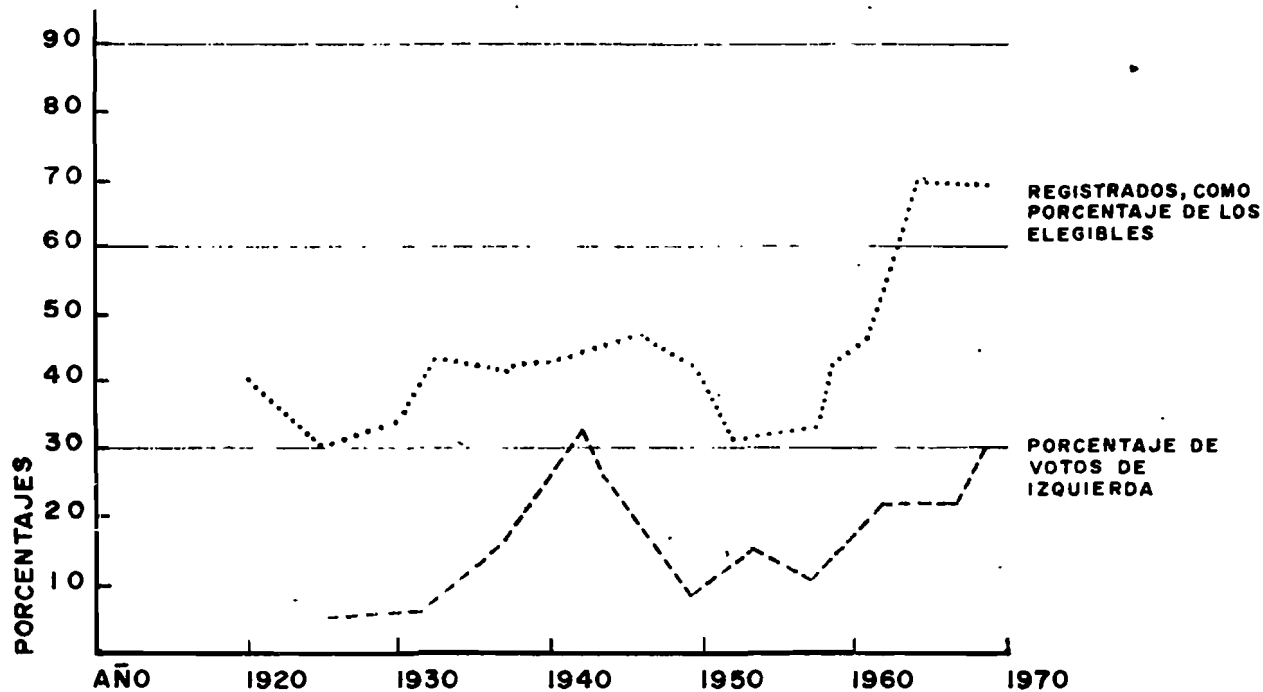
Conclusiones similares pueden extraerse de un examen más detallado de las correlaciones políticas de la expansión electoral en el período clave de la posguerra que se extiende de 1958 a 1973. En 1958 fue derogada la Ley Permanente de la Defensa de la Democracia,* luego de más de una década de proscripción del Partido Comunista.¹⁴ El retorno del Partido

* En español en el original. [r.]

¹⁴ La Ley Permanente de Defensa de la Democracia se adoptó en 1948 a raíz del inicio de la Guerra Fría por la administración de Gabriel González Videla que, irónicamente, había sido elegido en 1946 con el apoyo del Partido Comunista y había incluido miembros de este partido en su gabinete. Este cambio se debió en primer lugar a la preocupación ante el creciente ascenso electoral del Partido Comunista y a las considerables presiones ejercidas sobre Chile por los Estados Unidos. Esta ley condujo al encarcelamiento de numerosos militantes prominentes del Partido Comunista, incluyendo a un buen número de dirigentes sindicales, y proscribió a dicho partido de la participación en elecciones.

La ley se volvió un problema en la campaña presidencial de 1952. El candidato victorioso, el presidente Ibáñez, prometió durante su campaña abrogar la ley, pero no

FIGURA 2 PARTICIPACION POLITICA, 1912-1970



FUENTE:

Comunista a la política electoral y varias reformas electorales importantes, particularmente las cruciales reformas de 1958 y 1962 que garantizaron una votación secreta y dieron mayor rigor a las penalidades por no registrarse, condujeron a una fuerte expansión del electorado a comienzos de los años sesenta.¹⁵ Esta expansión fue seguida por las reformas de 1970, que redujeron la edad electoral a 16 años y suprimieron el requisito de alfabetismo. El voto total aumentó de 880 mil en la elección al Congreso de 1957 a 1 400 000 en 1961. En la elección al Congreso de 1969 la población electoral se aproximó a dos millones y medio, para incrementarse a más de tres millones y medio en 1973. De 1960 a 1971 la población electoral se duplicó como porcentaje de la población total, pasando del 15 a cerca del 30%.

Cuadro 1

CORRELACIONES ENTRE LOS VOTOS OBTENIDOS POR LOS PRINCIPALES PARTIDOS CHILENOS Y LOS PORCENTAJES DE LA POBLACIÓN ELEGIBLE REGISTRADA PARA VOTAR, POR COMUNA, EN LA ELECCIÓN PARLAMENTARIA DE 1969

	Votos de los partidos				
	<i>Comunista</i>	<i>Socialista</i>	<i>Radical</i>	<i>Demócrata Cristiano</i>	<i>Nacional</i>
Nivel de participación	.04	-.04	-.03	-.05	.13
N=287					

FUENTE: Calculado sobre la base de datos electorales disponibles en la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.

lo hizo hasta 1958, unos cuantos meses antes de las elecciones presidenciales de aquel año.

¹⁵ La principal innovación en las leyes electorales de 1958 y 1962 fue la adopción de la "Cédula Única". Esto significaba que en vez de tener boletas separadas para cada una de las listas de candidatos, los nombres de las distintas listas se imprimían en una sola boleta. Este cambio impidió que los agentes de los partidos determinaran las preferencias de los electores en el cuarto secreto mediante indicadores cuyo refinamiento era todo un arte, tácticas especialmente utilizadas para controlar las preferencias de los electores en el cuarto secreto mediante indicadores cuyo refinamiento era todo un arte, tácticas especialmente utilizadas para controlar las preferencias electorales del campesinado. Para una discusión de estas tácticas, véase Federico Gil, *The Political System of Chile* (Boston: Houghton Mifflin, 1966), pp. 215-224. El otro cambio importante fue el fortalecimiento de la obligación de votar al exigir la presentación de los números de registro electoral en los trámites con la burocracia estatal e incluso para abrir cuentas bancarias.

El cuadro 2 examina los coeficientes de correlación simple entre los incrementos del electorado en años cruciales y los resultados de los partidos chilenos comuna por comuna. Las columnas 1 y 5 se centran en los correlatos políticos inmediatos de los cambios de 1958-1960 y 1970 en la legislación. Las columnas restantes se centran en la expansión acumulada del electorado de 1961 a 1965, 1969 y 1973. Puede verse inmediatamente, al examinar este cuadro, que la única correlación de alguna importancia es la que existe entre el voto al Partido Comunista y la expansión electoral que tuvo lugar entre 1957 y 1961. Esto puede ser claramente atribuido al retorno del Partido Comunista como fuerza legal. Los comunistas se habían abstenido de votar por otros partidos y por eso los incrementos en la participación electoral están correlacionados con el voto comunista al comienzo de la expansión electoral. Pero en ningún otro momento existe una fuerte correlación entre el voto de izquierda y los incrementos del caudal electoral. La única correlación que se destaca además de la señalada es la de .25 para los demócratas cristianos en los años de su mayor expansión: de 1961 a 1965. Sin embargo, inclusive esa correlación es tan baja que sugiere que los incrementos en la participación no beneficiaron a ningún partido en especial en detrimento de los otros. El fuerte aumento de la participación electoral en Chile fue acompañado por un aumento correspondiente en la capacidad de los altamente organizados partidos políticos para captar a los votantes agregados a las listas. A su vez, esto significó que las tendencias políticas fundamentales de la sociedad chilena se mantuvieron muy estables a lo largo del tiempo. Los desplazamientos que tuvieron lugar fueron más el resultado de cambios en las coaliciones, como por ejemplo el apoyo de la derecha a los demócratas cristianos en 1964 (con su vuelco en la elección de 1965), que de las fluctuaciones de un electorado nuevo y amorfo. Y dichos cambios se relacionan con la inestabilidad del centro en el polarizado sistema de partidos chileno y no afectan mucho la estabilidad de los votos de izquierda.¹⁶

Tal vez el indicador más dramático del carácter mítico de la afirmación de que existe una fuerte correlación entre la expansión del sufragio y el voto de izquierda, es el hecho de que Salvador Allende sólo recibió en 1970 el 13% de los nuevos votantes que fueron añadidos a las listas entre 1964 y 1970; el grueso de los nuevos electores apoyó la candidatura de Arturo Alessandri.¹⁷ Esto explica en gran medida el hecho de que Allende recibiera en 1970 un porcentaje menor del voto total del que recibió en la elección presidencial de 1964. En realidad, lo notable acerca de los significativos incrementos de la participación electoral en los últimos cuarenta años es lo poco que cambiaron las partes relativas del voto recibidas por

¹⁶ Para una discusión sobre el sistema de partidos chileno, véase Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (Baltimore: John Hopkins University Press, 1978), capítulo I.

¹⁷ *Ibid.*, p. 39.

los principales partidos políticos. Si bien, como muestra el cuadro 3, la izquierda fue incrementando su caudal electoral respecto de la derecha, la volubilidad política chilena puede encontrarse en los partidos de centro y no en los dos extremos del espectro.

Cuadro 2

CORRELACIONES ENTRE LOS VOTOS OBTENIDOS POR LOS PARTIDOS CHILENOS Y EL INCREMENTO DEL CAUDAL ELECTORAL EN DIVERSOS PERÍODOS

<i>Partidos</i>	<i>Incremento electoral</i>				
	<i>Incremento de 1957 a 1961</i>	<i>Incremento de 1961 a 1965</i>	<i>Incremento de 1961 a 1969</i>	<i>Incremento de 1961 a 1973</i>	<i>Incremento de 1969 a 1973</i>
Comunista	.40	.08	.04	-.10	-.01
Socialista	.11	.04	.12	.13	.09
Radical	.08	-.13	-.17	—	—
Demócrata Cristiano	-.11	.25	-.12	.06	-.09
Conservador	-.15	-.08	—	—	—
Liberal	-.08	-.16	—	—	—
Nacional	—	—	.05	.21	-.07

N=287

NOTA: El Partido Nacional se formó mediante la fusión de los partidos conservador y liberal. Los resultados obtenidos por el Partido Radical no se indican después de 1969 debido a la ruptura del mismo. Las correlaciones son coeficientes de correlación de Pearson simple.

FUENTE: Calculado sobre la base de información electoral disponible en la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.

Cuadro 3

PORCENTAJE DE VOTOS RECIBIDOS POR LOS PARTIDOS DE DERECHA, CENTRO E IZQUIERDA EN LAS ELECCIONES PARA EL CONGRESO CHILENO DE 1937 A 1973.

ELECCIONES DE DIPUTADOS. VOTOS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS COMO PORCENTAJE DEL TOTAL DE VOTOS

	1937	1941	1945	1949	1953	1957	1961	1965	1969	1973	Sig.
DERECHA											
(Conservador, Liberal, Nacional después de 1965)	42.0	31.2	43.7	42.0	25.3	33.0	30.4	12.5	20.0	21.3	30.1
CENTRO											
(Radical, Falange Dem. Cristiano Laborista, Agrario)	28.1	32.1	27.9	46.7	43.0	44.3	43.7	55.6	42.8	32.8	39.7
IZQUIERDA											
(Socialista, Comunista)	15.4	33.9	23.1	9.4	14.2	10.7	22.1	22.7	28.1	34.9	21.5
OTROS	14.5	2.8	5.3	1.9	17.5	12.0	3.8	9.2	9.1	11.0	8.7

FUENTE: Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.

La falta de una clara relación entre expansión del sufragio y estabilidad del electorado de izquierda a lo largo del tiempo, plantea cuestiones acerca del correspondiente presupuesto de que la izquierda se fortalece gracias a su capacidad para dirigir apelaciones demagógicas a la mayoría de los ciudadanos pobres del país. De hecho, la impresionante investigación de Alejandro Portes deja efectivamente fuera del juego a las teorías que atribuyen el voto de izquierdas en Chile a sectores desposeídos o relativamente imprevisores.¹⁸ Portes muestra que cuanto menor es el ingreso y el estatus ocupacional de los consultados en vecindarios de clase obrera, tanto menor la probabilidad de que voten por la izquierda. La inestabilidad del estatus y la frustración social tampoco se asocian con el voto a los partidos marxistas. Los ciudadanos más humildes y más frustrados muestran, por

¹⁸ Véase Alejandro Portes, "Occupation and Lower-Class Political Orientations in Chile", en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, eds., *Chile: Politics and Society* (New Brunswick, N.J.: Transaction Books, 1976).

cierto, niveles de voto izquierdista que son "bastante similares a los que se encuentran en la categoría más alta y menos frustrada: los servicios intermedios y los 'cuellos blancos'".¹⁹ La investigación de Portes señala que los obreros que están muy integrados a la comunidad y tienen las ocupaciones industriales mejor pagadas, votarán más probablemente por la izquierda que los que se encuentran en los márgenes de la sociedad.

Las conclusiones de esta investigación se apoyan en estudios efectuados en otros países latinoamericanos.²⁰ También se confirman con investigaciones europeas. El trabajo de Richard Hamilton sobre la clase trabajadora francesa demuestra concluyentemente que los niveles más altos de ingreso en los obreros de áreas industriales no están vinculados a un descenso del apoyo al Partido Comunista.²¹ El autor arguye que el ascenso de la fuerza de la izquierda en Francia es resultado directo de un proceso de modernización que ha incorporado un número creciente de trabajadores a los empleos industriales mejor pagados. La significativa mejoría de su estándar de vida no altera el hecho de que ingresan en un ambiente donde el sindicato vinculado al comunismo es un agente de socialización clave, que proporciona el grupo político crítico de referencia, que a su vez contribuye a determinar las lealtades políticas. Con su extraordinario crecimiento y desarrollo en el período de posguerra, la experiencia francesa contradice, por cierto, la opinión simplista de que el desarrollo económico creará, por sí solo, las reglas básicas de una política consensual, opuesta a una política clasista.

Mito núm. 2: El sistema de partidos chileno está constituido por cuadros y militantes que se beneficiaron con el sistema anterior pero que están poco arraigados en la sociedad.

Caracterizar el sistema de partidos chileno como meras maquinaciones de unos pocos militantes es negar el desarrollo, llevado a cabo durante varias generaciones, de un sistema de partidos profundamente arraigado en la sociedad, en el cual los líderes no sólo estructuran alternativas políticas sino que convocan y responden a tendencias más básicas e históricamente definidas del electorado. Elaboraremos más adelante esta relación compleja y dialéctica. En este momento es necesario hacer algunas observaciones acerca de la historicidad de las alternativas partidarias en Chile y de su importancia para la creación de mecanismos permanentes de identificación partidaria, es decir, lo que llamaremos "panorama político" difícil de suprimir.

¹⁹ *Idem.*, p. 217.

²⁰ Véase, por ejemplo, Alejandro Portes, "Urbanization and Politics in Latin America", en *Social Science Quarterly* 52, núm. 3, diciembre de 1971, en donde discute no sólo su propio trabajo sino además el de estudiosos que señalan consecuentemente hallazgos semejantes a partir de investigaciones realizadas en otros medios latinoamericanos.

²¹ Richard Hamilton, *Affluence and the French Worker in the Fourth Republic* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1967).

A. La creación de un panorama político

La base para la formación de partidos se encuentra en la presencia de una serie de segmentaciones históricas, sociales e ideológicas en una sociedad nacional, que desarrolla polaridades alrededor de las cuales se asocian fracciones de la élite política y grupos de militantes.²² Dos segmentaciones generativas fundamentales han actuado en Chile para la creación de partidos. Estado *versus* Iglesia y trabajador *versus* empleador. En cierto momento del siglo XIX pareció que una polaridad centro *versus* periferia también tendría significación. Sin embargo, cuando la fragmentación se aquietó, se hizo evidente que todos los partidos estaban sometidos a la autoridad del gobierno central, nacional, y que los movimientos de oposición con base regional eran solamente un recurso de las élites nacionales que estaban fuera del poder para aumentar su fuerza opositora en una contienda por el control de la nación.²³

Los tres partidos centenarios de Chile —el Conservador, el Liberal y el Radical— tienen sus raíces en las diferencias de opinión de la élite que cristalizaron en el segundo gobierno de Manuel Montt (1856-1861). La segmentación generativa era Estado *versus* Iglesia, aun cuando en la época pareció que la reacción contra el poder centralizador del Estado provocaba también un conflicto del centro contra la periferia. El Partido Conservador, originalmente dominado por sentimientos ultramontanos, surgió para defender la autoridad y los intereses de la Iglesia, mientras que el Partido Radical se convirtió en ardiente defensor del anticlericalismo. Los liberales abogaban fundamentalmente por una sociedad secular y por la autoridad del Estado, y sin embargo se distinguían claramente de los radicales por el hecho de que su anticlericalismo era moderado. Los liberales, por lo tanto, se colocaron en el centro de la política decimonónica, realizando alianzas de conveniencia tanto con conservadores como con radicales. Esta constelación partidaria de tres puntas, diferente de la puramente bipolar (conservadores *versus* liberales, como se produjo en otros países latinoamericanos como Colombia), fue algo accidental. Sin embargo, reflejó claramente el proceso de construcción del Estado y la nación durante el siglo XIX en un país abrumadoramente católico.

Los tres partidos mencionados fueron, utilizando las palabras de Duverger, de "creación parlamentaria". Surgieron de controversias y debates centrados en los círculos congresionales y en los cenáculos intelectuales estrechamente vinculados a aquéllos. Los partidos de izquierda, en cambio, como fue el caso prácticamente en todas partes, fueron partidos de "crea-

²² Tomamos la noción de segmentaciones generadoras de partidos de Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan, "Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments", en Lipset y Rokkan, eds., *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives* (Nueva York: The Free Press, 1967).

²³ Esta sección forma parte de *The Origins of Democracy: the Chilean Case in Comparative Perspective* de Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, de próxima publicación en Cambridge University Press.

ción externa": sus orígenes sólo pueden comprenderse en conjunción con el difícil proceso de construcción del movimiento obrero.²⁴ Por lo tanto surgieron de la polaridad obrero *versus* patrón.

La historia de los partidos de la clase obrera indica, ciertamente, que los líderes y militantes que lograron formar la columna vertebral de la estructura sindical nacional, fueron los mismos que pudieron crear los partidos que se convirtieron en principal expresión de los adherentes de clase obrera organizada. Naturalmente, estos partidos diversificaron considerablemente con el tiempo sus grupos de apoyo, especialmente en procesos políticos con contiendas electorales regulares.

Por razones que no pueden ser completamente explicadas aquí, Chile desarrolló, a diferencia de otras naciones latinoamericanas, partidos comunista y socialista en conjunción con su movimiento sindical.²⁵ Será suficiente decir que esto fue el resultado de una compleja cadena de acontecimientos, en parte accidentales y en parte condicionados por un contexto de oportunidades políticas que favoreció a los militantes revolucionarios en el movimiento sindical.

Dicho contexto incluía, en primer lugar, una respuesta altamente represiva a los trabajadores cada vez que éstos se organizaban para presentar demandas concretas. En tales circunstancias, la dirigencia ideológicamente centrista no lograba obtener el apoyo obrero. No podía mostrar ningún resultado tangible de sus esfuerzos de dirección y carecía de una explicación ideológica convincente de su falta de éxito. La víctima primera y más importante de este contorno represivo fue la dirección sindical vinculada al Partido Democrático, que era ideológicamente de centro. La extensa ola de represión antisindical, inmediatamente posterior a la matanza de Iquique de 1907, limitó la acción de aquellos dirigentes a las organizaciones de ayuda mutua, relativamente inefectivas y que no constituían un espacio para tratativas con los empleadores.

El segundo aspecto en importancia de este contexto de oportunidad política fue la existencia de un amplio margen de libertad para los trabajadores que se organizaban fuera del lugar de trabajo. Esto significó que los primeros líderes sindicales pudieron publicar periódicos, convocar a manifestaciones, presentar candidatos para las elecciones regionales y locales, discutir públicamente con las figuras políticas importantes, etcétera. En otras palabras, si bien eran reprimidos cuando pretendían organizarse en el nivel industrial, los líderes sindicales radicalizados dispusieron de amplias oportunidades para dar a conocer sus explicaciones de dicha represión junto con su mensaje revolucionario y, eventualmente, articular

²⁴ Véase Maurice Duverger, *Les partis politiques* (París: Armand Colin, 1951), pp. 2-15.

²⁵ Para un estudio acerca del proceso histórico que llevó a la formación del movimiento obrero chileno asociado con los partidos Comunista y Socialista, véase J. Samuel Valenzuela, "Labor Movement Formation and Politics: the Chilean and French Cases in Comparative Perspective, 1850-1950", tesis no publicada, Columbia University, 1979.

organizaciones en parte políticas y en parte sociales en un movimiento laboral embrionario.

La consolidación de las organizaciones del movimiento obrero bajo la dirección de los comunistas y los socialistas se llevó a cabo en los años treinta, cuando el Estado obligó a los empresarios a reconocer a los líderes sindicales a nivel de la fábrica mediante la aplicación de las leyes laborales de 1924. Este proceso culminó durante el gobierno del Frente Popular que llegó al poder con las elecciones presidenciales de 1938.²⁶ Así, a finales de los años treinta, tanto los socialistas como los comunistas habían conquistado importantes posiciones establecidas en el movimiento obrero, convirtiéndose ambos partidos en la principal expresión política de la clase obrera urbana organizada de Chile. Con la formación exitosa de estos partidos, el sistema chileno de partidos abarcó toda la gama del espectro ideológico a lo largo de la separación trabajador-empresario.

El problema de la polarización entre la Iglesia y el Estado así como entre el obrero y el empresario se imbricó estrechamente dentro de las dimensiones interrelacionadas —para emplear el término de Sartori— del sistema de partidos chileno.²⁷

El surgimiento de los primeros partidos obreros no contribuyó a la formación de partidos que responderían a los intereses de los empleadores: este papel fue asumido por los tres partidos tradicionales. Sin embargo, esto último no fue realizado sin ambigüedades puesto que las controversias que los dividían y la lucha por obtener ventajas electorales los indujeron a procurarse alianzas con las direcciones de los nacientes partidos de la clase obrera. A pesar de algunos calculados esfuerzos del Partido Conservador para capitalizar el surgimiento de los movimientos de clase obrera, las alianzas típicas que cristalizaron fueron entre las direcciones de la clase obrera y los sectores anticlericales de la élite. Tanto el Frente Popular como la Unidad Popular fueron coaliciones forjadas mediante la reunificación de los antiguos socios del bloque anticlerical, una alianza segura por su anticlericalismo pero amenazada por las posiciones diferentes respecto de la polaridad trabajador-empleador. Esta amenaza se manifestó en las divisiones que plagaron a los radicales. Y dentro de lo que por comodidad podría ser denominado bloque cristiano, la división del Partido Conservador que en los años treinta dio nacimiento a la Falange expresó el desarrollo de nuevas fuerzas, forjadas dentro del catolicismo romano pero que adoptaban una posición más progresista respecto de la segmentación tra-

²⁶ Para una apreciación general de las características del marco legal de las relaciones de trabajo chilenas así como una breve consideración acerca de la manera en que los sindicalistas comunistas lo aceptaron, véase J. Samuel Valenzuela, "The Chilean Labor Movement: The Institutionalization of Conflict", en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, eds., *op. cit.* Para un análisis del gobierno del Frente Popular, véase John R. Stevenson, *The Chilean Popular Front* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1942).

²⁷ Giovanni Sartori, *Parties and Party systems; A Framework for Analysis* (N. Y.: Cambridge University Press, 1976).

bajador-empleador. Como es sabido, la Falange se convirtió en Partido Demócrata Cristiano a mediados de los años cincuenta. El entrelazamiento de las dos segmentaciones generativas, junto con las vicisitudes de la formación del movimiento obrero que radicalizaron a su dirección y a los partidos vinculados a él, dieron origen, en consecuencia, al sistema de partidos chileno del siglo xx. Este proceso fue en gran medida independiente de los aumentos y disminuciones del tamaño del electorado, puesto que ese electorado poseía, ya en la segunda mitad del siglo xix, la diversificación mínima requerida para reflejar el impulso hacia la formación de los partidos obreros. Si éste no hubiera sido el caso, los partidos obreros se habrían formado de todos modos, pero no se hubieran distinguido del movimiento sindical. Habrían quedado completamente apoyados en la sociedad civil, y no hubieran desarrollado tan tempranamente sus actividades electorales con todo lo que esto significa en términos de construcción de la organización y de diversificación de sus caudales electorales.

Lipset y Rokkan señalan que, una vez formado, todo sistema nacional de partidos queda congelado en su lugar.²⁸ La imagen de la congelación es, sin embargo, algo exagerada. A lo largo del tiempo se producen cambios. En el caso chileno (lo mismo que en el plano internacional), el cambio más importante de las décadas recientes ha sido la disminución —aunque no la desaparición— de la importancia de la polaridad Estado *versus* Iglesia. Este fenómeno ha sido acompañado por un énfasis de la segmentación trabajador *versus* empleador como criterio principal para evaluar los compromisos ideológicos básicos de los diversos partidos. En este contexto de importancia disminuida de la polaridad Estado *versus* Iglesia, los partidos Conservador y Liberal pasaron a ser virtualmente indistinguibles en virtud de su posición común respecto de la dimensión trabajador-empleador; así, tendieron a fusionarse luego de los pobres resultados obtenidos en las elecciones al Congreso de 1965. Contribuyó a esta fusión el hecho de que los cambios de la Iglesia católica chilena, que reflejaban a los producidos en las fracciones más liberales de la Iglesia internacional, habían quebrado la estrecha asociación entre el Partido Conservador y el clero. Los demócratas cristianos resultaron claramente favorecidos por esta disociación, y si bien son por lo común considerados, no sin razón, como la principal corriente política aliada a la jerarquía, esto no debería oscurecer el hecho de que los cambios del pensamiento socialcatólico hacían de dicha relación algo muy diferente de la que existía anteriormente entre los obispos ultramontanos y una élite conservadora ligada a la tradición. Por lo común, existe un amplio consenso acerca de las líneas generales básicas de la separación entre la Iglesia y el Estado.

De todos modos, aun cuando la imagen del congelamiento es demasiado extrema, capta los contornos de una importante realidad, es decir, que la característica descollante del sistema de partidos es, una vez formado, su relativa solidez, su notable permanencia. La disminución de la pola-

²⁸ Lipset y Rokkan, *op. cit.*, pp. 50-54.

ridad Estado *versus* Iglesia ha dejado al sistema de partidos chileno con dos partidos ubicados en el centro del *continuum* ideológico izquierda-derecha, uno proveniente del bloque "cristiano" y el otro del anticlerical. Pese a ello, los demócratas cristianos y los radicales continuaron existiendo como partidos separados en el proceso político chileno anterior a 1970, subrayando los símbolos que los separaban, compitiendo por el control de las organizaciones de profesionales de cuello blanco que proporcionan una importante base social del voto de centro, y maniobrando para lograr alianzas que excluyan al rival. Por lo general, aun cuando los dos partidos (incluidas todas las facciones de los radicales) se encuentran en una misma posición opositora al gobierno militar, existe entre los principales líderes de ambas partes un permanente subrayar de la importancia de mantener identidades separadas.²⁹ Debe señalarse que en el contexto de un sistema de partidos caracterizado —para utilizar la tipología de Sartori— por una extrema polarización, y este es evidentemente el caso chileno, los partidos de centro son particularmente vulnerables a cambios en los caudales electorales, inclusive si el voto centrista es relativamente constante. Esto agudiza la competitividad entre radicales y demócratas cristianos.

La solidez del sistema de partidos no es sólo función del hecho de que cada partido constituye una organización que sigue existiendo en circunstancias cambiantes de sus militantes y líderes, si bien éste es, por cierto, un factor de primera importancia. Dicha solidez es también función del hecho de que un sistema de partidos bien desarrollado genera de uno a otro extremo de la nación un "panorama político" para la ciudadanía. Este "panorama" contiene varios componentes; en primer lugar, una conciencia de las polaridades que generan las alternativas partidarias, junto con un sentido de autoidentificación en algún punto del *continuum* que separa los extremos. En el siglo xx, y por cierto en Chile, la polaridad más importante es la que separa izquierda y derecha, manifestación del predominio de la segmentación trabajador-empleador y de su acción en ideologías de reconocimiento y poder de convocatoria globales. En segundo lugar,

²⁹ Es poco probable que el electorado de los demócratas cristianos y de los radicales impida una fusión de los partidos centristas inclinándose masivamente a la derecha o a la izquierda. Sin embargo, esta fusión está destinada a toparse con gran resistencia entre los dirigentes de ambos partidos y es, por lo tanto, improbable. No obstante, si los demócratas cristianos abandonaran la referencia religiosa de su denominación política, los radicales tendrían dificultades, en el contexto de un posible (Chile democrático futuro, para conservar su electorado subrayando su laicismo, en vista de que los demócratas cristianos ya han tomado posesión del centro. El actual intento de los dirigentes del Partido Radical de desarrollar un programa "socialdemócrata" es una expresión del esfuerzo por evitar tal eventualidad situando al partido claramente a la izquierda de los cristianos demócratas, esto es, para diferenciar netamente a los dos partidos en términos de izquierda-derecha y no en términos de anticlerical-clerical. Paradójicamente, los dirigentes democristianos pueden acoger favorablemente tal intento como medio de desarrollar un interlocutor no marxista a su izquierda.

la conciencia de que existe un conjunto de alternativas partidarias ubicadas en varios puntos de la polaridad dominante, además de un sentimiento más o menos desarrollado de identificación con partidos y siglas partidarias específicos. Y en tercero y último lugar, una conciencia de que existe un conjunto de líderes políticos vinculados con los diversos partidos, un factor de reconocimiento de nombres debido a que dichos líderes han participado abiertamente en campañas electorales de importancia nacional, o bien han ocupado puestos muy visibles en el gobierno. Cuanto más desarrollado está el sistema de partidos, tanto más sólidamente se establece el "panorama político". Y como todo sistema de partidos se desarrolla principalmente a través de contiendas electorales regulares, puede decirse con razonable certeza que el "panorama político" chileno está firmemente atrincherado en la mente de la ciudadanía, una razón nada despreciable de la estabilidad del voto en las tres décadas que precedieron al pronunciamiento * militar de 1973.

Las pruebas de esta estabilidad de los partidos chilenos pueden advertirse inmediatamente en la continuidad de las segmentaciones electorales entre izquierda, centro y derecha a lo largo de varias décadas. Nos hemos referido a ello en este mismo artículo y puede observarse en el cuadro 3. Es verdaderamente notable que, a pesar de la enorme alza política de los años de Allende, los resultados de la elección al Congreso de 1973 hayan sido prácticamente idénticos a los de la elección de 1969.³⁰

La continuidad puede verse también en los análisis de los escrutinios electorales chilenos, como el realizado por James Prothro y Patricio Chaparro, que muestra que entre 1958 y 1970 hubo poco cambio en las divisiones ideológicas del electorado.³¹ Lo mismo puede ser apreciado en el análisis de los datos electorales que indica el cuadro 4. El cuadro muestra los coeficientes de correlación simple entre el voto por los partidos chilenos en la elección municipal durante la administración conservadora de Alessandri, al comienzo de la gran expansión del sufragio de los años sesenta, y el voto por los mismos partidos en 1971, la última elección municipal que tuvo lugar durante el gobierno de la Unidad Popular. Entre dichos

* En español en el original. [r.]

³⁰ Véase Arturo Valenzuela, *op. cit.*, cuadro 27, para un desglose completo de los votos recibidos por los diferentes partidos en las elecciones legislativas de 1969 y de 1973. Los comunistas, los demócratas cristianos y los nacionalistas obtuvieron prácticamente la misma proporción de los votos totales; estos partidos fueron apoyados por las dos terceras partes del electorado. Los socialistas ganaron un 4.2% (debido principalmente al hecho de que un socialista era presidente), y los radicales perdieron sufragios en la misma proporción (como resultado de la división del partido en tres grupos, que recibieron en total 5.7% menos votos que el 13% que el partido unificado obtuvo en las elecciones de 1969).

³¹ James W. Prothro y Patricio E. Chaparro, "Public Opinion and the Movement of Chilean Government to the Left", en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, eds., *op. cit.* Estos autores sostienen que el cambio hacia la izquierda en las coaliciones gubernamentales resultó de cambios en los alineamientos partidistas y no de un viraje a la izquierda de la opinión pública.

años, los votantes aumentaron de 2 a 2.8 millones, mientras el porcentaje de votantes respecto de la población total pasó del 20 al 28%. Los coeficientes de correlación fueron calculados con la comuna como unidad de análisis de la nación como conjunto, para ocho regiones que representan diversidades ecológicas significativas y para las cuarenta mayores comunas del país, con más de 50 mil habitantes.

Cuadro 4

CORRELACIONES ENTRE LOS VOTOS OBTENIDOS POR LOS PRINCIPALES PARTIDOS CHILENOS EN LAS ELECCIONES MUNICIPALES DE 1963 Y 1971, POR COMUNAS, EN LA NACIÓN, LOS PRINCIPALES CENTROS URBANOS Y OCHO REGIONES

	<i>Comunista</i>	<i>Socialista</i>	<i>Radical</i>	<i>Demócrata Cristiano</i>	<i>Nacional</i>
Nación	.84	.53	.45	.27	.72
Principales centros urbanos	.85	.39	.82	.49	.71
Región I Tarapaca-Coquimbo	.83	.60	.43	.47	.65
Región II Aconcagua-Valparaíso	.80	.60	.67	.27	.73
Región III Santiago	.83	.22	.55	.23	.64
Región IV O'Higgins-Nuble	.74	.60	.42	.17	.73
Región V Concepción-Arauco	.72	.59	.47	.69	.70
Región VI Bio-Bío-Cautín	.86	.28	.33	.03	.35
Región VII Valdivia-Chiloé	.57	.43	.05	.12	.60
Región VIII Aysén-Magallanes	.67	.60	.24	.93	.93
N=287					

NOTA: Los votos de los partidos conservador y liberal fueron sumados en la elección de 1963. Los "principales centros urbanos" son aquellos cuya población tiene más de 50 mil habitantes, es decir, un total de 40 comunas.

FUENTE: Resultados electorales disponibles en la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.

La estabilidad del voto por los dos partidos en los extremos del espectro político fue muy alta, con una correlación de .84 para los comunistas y de .72 para los nacionales. Los coeficientes también fueron altos para los socialistas y radicales, mientras que los centristas demócratas cristianos, el último partido surgido y que más se había beneficiado con el cambio electoral de los años sesenta, mostró la correlación más baja, .27. De todos modos, el coeficiente de correlación para el voto por los demócratas cristianos en 1963 y 1971 en las grandes ciudades fue más alto, .49, y en las regiones I, V y VIII alcanzó a .47, .69 y .93 respectivamente. Pese al significativo cambio que tuvo lugar en Chile entre las administraciones de Alessandri y Allende, los partidos chilenos muestran una continuidad considerable en sus bases geográficas.

B. Las relaciones dialécticas entre militantes y seguidores

La afirmación de que existe permanencia en el paisaje político no debe ser interpretada en el sentido de que hay una relación estricta o mecánica entre caudales electorales y direcciones partidarias. En todas las sociedades hay a menudo una gran diferencia entre los líderes, los militantes y los electorados de los partidos. La dirección del partido, y en menor medida los militantes del partido, articulan, formulan y organizan alternativas programáticas que presentan al electorado y vinculan a una visión ideológica más o menos coherente. La historia tanto del Partido Comunista como del Partido Socialista chilenos proporciona excelentes ejemplos de esto. El gran cambio de la estrategia comunista en 1935 —de un rechazo a las coaliciones con otros grupos a una aceptación del frente popular—, fue con toda evidencia una decisión de la dirección que muy poco tenía que ver con los sentimientos del electorado del Partido Comunista. Tampoco puede decirse que tales cambios tuvieran algo que ver con las frecuentes divisiones en el socialismo chileno o con el carácter cambiante de la orientación programática del partido a lo largo del tiempo, como se vio más recientemente en el congreso chileno de 1967.

No todas las fracciones del electorado se sienten totalmente representadas por las alternativas planteadas por las diversas direcciones partidarias. Más aún, aunque todos los partidos obtienen cierta parte de sus votos de adherentes que a lo largo del tiempo se identifican con las siglas del partido, no puede decirse que estos adherentes regulares tengan una orientación completamente homogénea, ni que tengan completa conciencia de todas las controversias en que se embarcan militantes y líderes, ni que haya un total acuerdo con las orientaciones imprimidas al partido por sus dirigentes y militantes. Además, debe señalarse que las decisiones políticas y las orientaciones generales de los líderes y militantes del partido pueden producir un efecto muy importante en la determinación de los sentimientos y orientaciones de los adherentes. En realidad, las élites de los partidos trazan colectivamente los parámetros acerca de los temas que serán

discutidos públicamente y pueden, en consecuencia, producir un efecto considerable en la mayor o menor polarización de la opinión de un público de masas. No obstante, la relación entre direcciones partidarias y adherentes electorales es dialéctica: la dirección no puede salirse completamente de tono respecto de los sentimientos del electorado sin perder finalmente su apoyo. En otras palabras, las orientaciones de los adherentes electorales de los diversos partidos presionan sobre las decisiones de las élites partidarias y de los cuadros.

Dada la naturaleza dialéctica de la relación entre electorado y direcciones partidarias, una ciudadanía consensual (como la que existe en Estados Unidos) no otorga espacio a direcciones partidarias marxistas. En este caso, la obligación de tener que edificar un apoyo electoral efectivo sofoca el desarrollo de opciones partidarias que se aparten sustancialmente de las orientaciones básicas sostenidas por la mayoría.³²

Pese a las esperanzas que puedan tener los funcionarios del gobierno, resulta difícil avizorar el desarrollo de una ciudadanía consensual en Chile en el futuro previsible. Más que considerar a Estados Unidos, es mejor pensar en el caso español para obtener una indicación más confiable de lo que puede ocurrir en el futuro en Chile en condiciones de apertura democrática. Analizando los datos, Juan Linz señala que después de casi cuatro décadas de gobierno de Franco en España, el pueblo muestra todavía una considerable dispersión a lo largo del *continuum* izquierda-derecha. Esto significa que las direcciones partidarias ubicadas a lo largo de este *continuum* ideológico pueden encontrar una fracción del electorado que responda positivamente a sus opciones programáticas y convocatorias simbólicas. Por otra parte, en un proceso que muestra la importancia y relativa independencia de las formulaciones de las direcciones partidarias, Juan Linz señala también —basándose en el análisis de los datos— que la polarización de las autoidentificaciones públicas a lo largo del *continuum* izquierda-derecha aumenta una vez que la transición democrática permite el afloramiento o la formación de organizaciones partidarias y la difusión de sus mensajes ideológicos y programáticos.³³ Es probable que esta experiencia se repita en el caso chileno. Probablemente el público de masas

³² Acerca del consenso de la ciudadanía norteamericana, véase Robert Dahl, *Pluralist Democracy in the United States: Conflict and Consensus* (Chicago: Rand McNally and Co., 1967), en particular pp. 329-337. Por supuesto, además de este consenso mayoritario en torno a lo fundamental, los procedimientos y las divisiones institucionales y administrativas militan en contra del éxito de líderes políticos con opiniones desviadas.

³³ Véase Juan Linz, "The New Spanish Party System", documento manuscrito, cuadro 7. Los datos son difíciles de interpretar, sin embargo, ya que es probable que las primeras encuestas realizadas inmediatamente después de la muerte de Franco y antes de la legalización del Partido Comunista subestimen la importancia del electorado que se sitúa a sí mismo a la izquierda. No obstante, la extensión es apreciable: de julio de 1976 a julio de 1979, el porcentaje de respuestas en una muestra nacional que se colocan a la izquierda aumentó de 18 a 41, en tanto que las que se sitúan en el centro disminuyó de 38 a 30 y las de la derecha de 22 a 13.